

CON “C” DE CARTA

(o una excusa cualquiera para celebrar, en verano, el Día del Libro)

Por Virginia Rodríguez Herrero

Todo empezó a finales de marzo. Para tratar de aportar mi granito de arena en medio del confinamiento, decidí grabarme contando cuentos -algunos míos, otros ajenos-, y compartirlos para que, quien los recibiera, tuviera una historia con la que amenizar el desayuno o el *antes de dormir*. El tiempo iba pasando y el confinamiento se alargaba. Un día pensé, ¿y si tanteo a las criaturas de mi entorno sobre qué personajes, qué temas, qué lugares, les gustaría leer en una historia? Empecé a enviar audios y a preguntar. Hubo muchas reacciones, algunas breves y concretas, otras extensas y llenas de sorprendentes ideas. Guardé aquellas respuestas, pensando que, quizá en el futuro, me podrían servir para dar forma a nuevos cuentos. Pero enseguida pensé que no, que no estaban destinadas a quedarse conmigo, que habían nacido en un momento y por una causa, y reclamaban volar. Así que me puse a fabricarles alas.

Tenía ocho ideas y, a partir de ellas, nacieron ocho cuentos: historias similares en algunos aspectos, y con finales totalmente diferentes. Las fui escribiendo a mano, poco a poco, como entretenimiento y descanso entre mis quehaceres laborales, y en forma de carta. Así que cuando acabé, metí 8 historias en 8 sobres, escribí en ellos 8 direcciones y les puse 8 sellos. Y cada una de esas cartas volaron, por fin, hasta las personas que me habían regalado sus ideas, en 8 puntos diferentes del mapa.

Para muchas de ellas, era la primera carta que recibían.

Del confinamiento me llevo, sin duda, el valor de la comunicación. Comunicarnos nos ha ayudado a sentirnos cerca, a tener compañía, a escuchar y ser escuchadas, aun estando lejos. Palabras, canciones, películas, mensajes, videollamadas, dibujos, aplausos... historias. Cada una de las cartas que he escrito a lo largo de mi vida han sido, sin pretenderlo, pequeños cuentos con los que comunicarme y entregarme a otras personas. Las postales que escribía a mis amigas cuando era pequeña y pasaba los veranos en el pueblo de mi familia, al otro lado del país. Las cartas que escribía a mi abuela durante los meses de colegio, para explicarle lo que iba haciendo hasta que llegaba de nuevo agosto. Más postales al salir de viaje. Más cartas a más amigas al irme a estudiar lejos de Elche. Cartas de amor. Y de despedida. Escribir cartas tiene algo de ritual, es un proceso creativo en el que hilas a mano palabras que quedan plasmadas en el papel, y sin querer pecar de *ludita*, creo sinceramente que tiene algo de lo que un mensaje por móvil o un correo electrónico carecen. Tiempo.

Tiempo de diálogo interior conmigo misma para ir dando forma a lo que quieras contar; tiempo de espera mientras la carta llega a su destino, imaginando incluso que pudiera acabar en otro lugar diferente; tiempo de ilusión o sorpresa para quien la recibe, y que abre la carta de inmediato o espera a tener un momento tranquilo para deleitarse leyéndola; tiempo futuro para encontrar un día esa carta en algún rincón olvidado, para reconocer cómo era esa letra escrita, para tratar de ver qué había debajo de ese tachón que quedó inmortalizado, para apreciar ese

cambio de color en las letras porque el bolígrafo se secó, esa línea torcida, esa dirección en la que una vez viviste. Tiempo para crear memoria.

El verano pasado, la hija de una querida amiga se quejaba de no tener todavía teléfono móvil. Yo traté de animarla para que disfrutara de otras formas de comunicarse con la gente, y le reté a escribir cartas a lo largo de un año, a personas de su entorno e incluso a alguna desconocida, sin expectativa alguna de que se animara a hacerlo. Pero lo hizo. Envío varias cartas, la última de ellas a mí, por mi cumpleaños, el mes pasado.

Dice Neil Gaiman, que contar una historia es una especie de malabarismo por el que convertimos los cuentos en mapas con los que ubicarnos en el territorio, y que precisamente por eso, son tan *perfectamente inútiles*. Escribir cartas tiene mucho de inútil, de esa inutilidad que nos ayuda a descubrir y a descubrirnos, a compartir y a compartirnos, a imaginar e imaginarnos. El pasado invierno, un amigo recibió dos paquetes con dos pares de botas. Uno de ellos era suyo, el otro, se lo dejaron por error y me las acabé quedando yo, pues eran de mi número. Eso sí, hubo alguien en algún lugar de Grecia, a quien no le llegaron sus botas. Guardo su dirección, que venía dentro de la caja, y tengo pensado escribirle un cuento y mandárselo en forma de carta, para que sepa que sus botas son felices en mis pies, pues imagino que la compañía ya le compensó con creces. Y quién sabe lo que puede suceder a partir de ese momento.

Si estás leyendo estas líneas hoy, en este día en el que celebramos un inaudito Día del Libro en pleno mes de julio, te pregunto: ¿has escrito alguna vez una carta?, ¿cuándo fue la última vez que recibiste una? Piensa a quién te gustaría mandársela y, simplemente, hazlo. Estarás regalando parte de ti y, sin saberlo, creando una historia. Atrévete. Tu imaginación te lo agradecerá.

